

LA PINTURA DE ALBERTO GUTIERREZ

Escribe: CLEMENTE AIRO

Alberto Gutiérrez, nacido en 1935 y que desde los veinte años prácticamente reside fuera del país, es uno de los pintores nuevos de Colombia que con más fidelidad representa el internacionalismo actual de la pintura. Un internacionalismo que empezó hace medio siglo pero que desde unos quince años para acá ha tomado nuevos rumbos. Así, efectivamente, no opera ya aquel impulso "constructivista" del arte abstracto que comenzó con Malevitch, Kandinsky y los pintores de la Bauhaus. Aquel rechazo de las formas y de los objetos sensibles, buscó una expresión basada en nuevas formas pensadas para alcanzar la pureza. Colores puros y geometría sencilla. En el "constructivismo", por lo tanto, primó una veneración por la razón humana y creyó en demasía en ella. Pero este primitivo impulso de internacionalización plástica ha sido sustituido casi totalmente en la segunda postguerra por una general rebeldía que busca tan solo el lirismo individual, el lirismo pictórico directamente dirigido al individuo (1). En el caso de Alberto Gutiérrez —buen representante de este último impulso—, se puede colegir que su pintura emerge principalmente del tachismo europeo, más propiamente de las felices aventuras colorísticas de los holandeses actuales. Pero Gutiérrez, como buen pintor de la última corriente, es absolutamente individualista, individualista del objeto y de su proyección, del sentir íntimo de las formas y del color. La lógica y la estética tradicional ya no operan, se ha impuesto —en esta pintura— el lirismo ilógico, aparentemente irracional y un tanto barroco del propio creador.

La nueva corriente que triunfa y hace en la superficie muy semejante a la pintura de todos los pueblos, es un hecho palpable, irrecusable, fácil de constatar en los eventos más recientes de exhibición plástica. Es un hecho necesario de comprender y analizar, y hasta de valorar en qué medida podrá fortalecer el desarrollo futuro de la pintura o, por el contrario, conducirlo a un desvanecimiento de la más alta ambición del arte: interpretar al hombre, responder a las exigentes necesidades vitales. Pero sea cual sea el futuro, esta nueva pintura —que toma diversos nombres aquí y acullá— responde al devenir de las nuevas situaciones, de las actuales directrices encaminadas a un existir colectivo universal,

(1) Véase "Espiral" N° 80. Pierre Restany.

donde, dentro de las imposiciones técnico-mecánicas, el individuo busca su independencia. ¿Será este el drama del futuro?

En la pintura que hace Gutiérrez, resulta casi imposible rastrear localismo alguno. La percepción sensible persigue su propio logro en un ámbito liberado de toda sujeción. La forma puede decirse que es "gaseosa", introspectiva en cuanto responde a la investigación propia. El buen gusto, la mecánica rítmica del color, la sugerencia, el equilibrio cromático, son los elementos para obtener el cuadro. Gutiérrez casi siempre lo logra, su palabra responde tanto a sus inspiraciones cuanto a sus dudas, a su búsqueda. La respuesta de la pintura ante una sociedad internacionalizada por la mecánica, la técnica y el materialismo, es esta: la abstracción individual de múltiples sendas, dirigida al individuo, directamente a la sensibilidad del individuo, sea el individuo de la nacionalidad que sea, responda el individuo a la educación o ancestro étnico que responda.

Esta pintura busca en su esencia y en su intención cierta directa comunicación con el universo pero al través del ciudadano-uno, individuo de cualquier parte. Comunicación directa y despojada de cualquier clase de atributos de la razón o de la ciencia, de vínculos lingüísticos, raciales o nacionales.

Pintores como Gutiérrez representan el afán universal de una actividad plástica común. Este afán investiga y avanza completamente aparte de anteriores experiencias o tradiciones, ya sean locales o nacionales o extensivas a civilizaciones. Y el ojo que mira esta pintura, tiene que ser, asimismo, un nuevo ojo, tiene que corresponder a una mirada también libre de tradicionales ligamentos. La libertad para crear responde así al ansia de libertad para interpretar.

Y aparte de este hecho, de este impulso liberador de tradiciones, de este reinventar la pintura, creemos que en la actual corriente internacionalista de la pintura por fuerza manda el antiquísimo imperio de la técnica, del dominio, de la materia bien empleada, tanto como la condición indispensable de tener dotes de creador. No basta la intención sino que esta tiene que ir acompañada de la calidad. Y es en dicha exigencia —la única vieja exigencia de la nueva pintura— donde el crítico o el conocedor de las artes plásticas puede colegir entre lo falso y lo verdadero, entre lo auténtico y la imitación tan proliferante.

Alberto Gutiérrez creemos firmemente que es un pintor auténtico. En su última exposición celebrada en el pasado mes de mayo en la Biblioteca Luis-Angel Arango, nos presentó unas dos docenas de obra de calidad sumamente pareja. Por estas obras tenemos que saludarlo como artista empeñado en la tarea de una síntesis universal. Su juventud, además, nos garantiza una promesa de realizaciones venideras. Y realizaciones donde a buen seguro lo veremos trasmutarse en la medida que su ánimo individual interprete a su propia sensibilidad.